

CONTRABANDISTAS

Él nació en época de la segunda república y cuando se inició la guerra tenía pocos años (más o menos la edad de su nieto) Así que solo recuerda el hambre que pasaban él y sus hermanos, pues en su casa solo la madre podía trabajar para alimentarlos a todos, de su padre no se acuerda o no quiere acordarse porque al comenzar la guerra se marchó y nunca más volvió a aparecer, tampoco su madre se volvió a casar. La madre hacía lo que podía, pero la escasez de todo era mucha, él era el mayor de los cuatro hermanos y pronto tuvo que dejar la escuela para ayudar a la familia. Trabajó de todo lo imaginable, en las canteras de granito como pinche, cuidando animales, cerdos, cabras, ovejas, etc. en algunos trabajos solo por la comida y la ropa usada que le «regalaba» el patrón, otras veces buscando setas, espárragos o lo que encontraba por el campo para venderlo y sacar unas pocas pesetas. A los doce años empezó a trabajar con un arriero y con él recorrió todos los pueblos de los alrededores, aprendió el manejo de las bestias, tratar con gente de todo tipo, a ir por derecho con un apretón de mano, pero también a no fiarse de las apariencias, ni de los que ofrecen beneficios sin sacrificios. Las labores del campo fueron siempre su modo de vida, desde la tala de árboles, la construcción de boliches (carboneras), la siembra y recogida a mano de cereales, la reparación de paredes de piedra o la limpieza de los montes de matorrales, fueron su compañía hasta que se hizo un hombre y lo llamaron al ejército. Allí cuando le preguntaron qué era lo que sabía hacer, él contestó que de todo y les contó sus habilidades, por lo que le mandaron a las cuadras de las caballerías. Tenía tiempo de sobra para hacer su cometido, así que se apuntó a las clases para analfabetos y estudiar lo que nunca pudo, pues apenas sabía leer o escribir y las cuentas las hacía con los dedos. Al salir del ejército se marchó como muchos otros a una gran ciudad que le permitió crearse una nueva vida y su propia familia.

De sus orígenes solo recuerda lo duro que fueron sus primeros años, las necesidades y las consecuencias que trajo la guerra, aunque no la vivió en primera persona por su edad, si la padeció

con las restricciones y falta de alimentos posterior. Su familia quedó truncada conforme se fueron haciendo mayores, su madre murió a los pocos años de su marcha y él no volvió más por su pueblo natal aunque nunca lo olvidó.

LAS VENTAS...Eran en otros tiempos lugar de descanso y provisión para los viajeros en sus desplazamientos, que hacían sobre el lomo de un animal o a pie y estaban situadas a media jornada aproximadamente entre sí o el siguiente núcleo habitado. Solían abastecerse de algún huerto alledaño, de animales que criaban que mataban ellos mismos y para el consumo de los viajeros. A veces junto a ellas se construían otras edificaciones, para animales y familias de fincas cercanas para tener más seguridad. En la época de los 40 las cartillas de racionamientos obligaron a muchos el dedicarse al contrabando o “estraperlo”, estas ventas jugaron un gran papel, donde se reunían y daban cobijo los integrantes de estos grupos, donde se reunían lejos de la vista de las autoridades y guardia civil. También eran visitadas por los llamados “maquis” o fueras de la ley por ser “rojo” y contrarios al régimen establecido, aprovechando la oscuridad de la noche para acercarse sin ser vistos, para proveerse de alimentos. Pero como siempre la “LEY” también las visitaba y tenía sus propios informadores, que les permitiera dar con los perseguidos y se servían de pastores de las fincas donde ellos no podían entrar, por lo difícil de las sierras escarpadas y llenas de barrancos, con una vegetación espesa de árboles y monte, donde ellos con el ganado eran los mejores conocedores de sendas y veredas, transitadas por los que querían no ser descubiertos. Estos pastores o ganaderos que andaban por la sierra, jugaban un doble papel, uno como encubridores y otro como delatores y esto lo sabían tanto los perseguidos como los perseguidores, así que muchos se vendían al mejor postor y nadie se fiaba de ellos, teniendo que ir con cautela y conocer bien al confidente. La guardia civil siempre al servicio y la custodia de los bienes del capital recorría los cortijos y chamizos pastoriles para informases de los posibles merodeadores y de paso ser recompensados, con algún presente para llenar el zurrón y la tripa.

***A río revuelto ganancias de pescadores; Desde la terminación de la guerra civil, y la segunda guerra mundial, en nuestro país había tanta escasez de alimentos, que el gobierno se vio en la obligación de crear cartillas de racionamientos, (o cupos) de los artículos de primera necesidad. Los que podían pagar hacían acopio de ellos, y los más pobres vendían sus raciones para poder atender algunas necesidades más urgentes, teniéndose que alimentar con lo que encontraban por el campo. Otros más atrevidos y en combinación, con quien les protegiese de las autoridades, se dedicaron al contrabando (estraperlo) de alimentos y artículos que traían desde Portugal o de algún puerto, donde por alguna “compensación” los aduaneros hacían la vista gorda. Normalmente el transporte lo hacían con caballerías, de noche y por caminos discretos, atravesando sierras y montes, utilizando a cabreros y empleados de fincas, que les informaban de posibles contratiempos. Los estraperlistas eran quienes proveían las bestias de carga a los arrieros, les marcaban las rutas, organizaban la carga y el destino, en caso de que les descubrieran nadie conocía para quien trabajaban. Solo tenían que obedecer las instrucciones del que les pagaba al final de cada viaje y estar preparados para cuando fuera necesario, los contactos se solían hacer en tabernas y ventas discretas, que estaban previamente al tanto con los organizadores, las rutas se iban cambiando para que los hombres no repitieran, los mismos caminos ni el sitio donde se cargaba. Estos organizadores de ese contrabando se hacían ricos, el margen de beneficios que sacaban era alto y muchas fortunas se crearon a costa de los muchos hombres que dieron con sus huesos en la cárcel y que eran los que corrían el riesgo por las sierras próximas a la frontera con Portugal. El riesgo era muy grande para estos hombres, pero ganaban el dinero que no podían con un trabajo legal por el poco sueldo y escaso empleo que había.

Estos grupos de hombres cada noche se jugaban la vida y que otros con menor riesgo, vendían a los más pudientes el género que muchas veces era a los mismos que tenían la obligación de perseguir el contrabando que con traje y corbata, disfrutaban junto a sus familias del sacrificio de estos hombres, mujeres y algún

que otro niño, tenían que hacer para mantener a sus familias y tener algo en sus despensas para poder sobrevivir en unos años que llamaron...del hambre.

***Los portes lo hacían de noche y a las bestias les vendaban los cascotes con sacos, para que no se oyeran sus pasos y a la hora de la entrega cada uno sabía su cometido sin pronunciar una sola palabra. Los arrieros descargaban la mercancía en el lugar convenido con la lista y las instrucciones de lo que debían recoger para la próxima entrega. Las personas que intervenían en la operación no se conocían entre sí, el origen de la carga ni el destino final de la misma, pues la mercancía viajaba por etapas y en cada una de ellas se iban cambiando los arrieros y sus animales, así como la ruta a seguir que nunca se repetía y se cambiaba para cada entrega o recogida. Su responsabilidad era muy grande, porque de su bien hacer dependía la alimentación de muchas personas, la mayoría menores de edad, enfermos y desvalidos. El orfanato estaba en terreno ocupado por el ejército enemigo a las afueras del pueblo y el abandono de los internos era total, por lo que el suministro tenía que ser clandestino que mandaban las autoridades destituidas y personas particulares que ayudaban económicamente, que sabían de la precaria situación en la que se encontraban. Se habían vistos obligados a contactar con él por conocer la actividad de unos grupos que se dedicaban al estraperlo y que eran los mejores conocedores de la sierra, las rutas más seguras para el tránsito de mercancías y el manejo de los animales de carga. Él se había hecho hombre trabajando desde muy joven por aquellas cumbres, cuidando ganado, limpiando el monte de matorrales, haciendo carbón y cualquier actividad para ganarse la vida, conocía cada palmo de terreno, los caminos y veredas y los pasos para vadear los arroyos. Pero también conocía a todos los moradores de ella, pastores, ganaderos, cazadores, etc. y aquellos que tenían algún motivo para andar por esos terrenos tan agrestes, acudían a sus conocimientos para pedir su colaboración. Pero desde que comenzó la guerra y las autoridades tuvieron que huir la zona estaba descontrolada, los militares tenían poca colaboración por parte sus habitantes y la guardia civil era insuficiente, por eso ellos tampoco ayudaban en las

necesidades de los desvalidos. Aquella sierra con las grandes cumbres y escarpadas laderas, era el mejor aliado que tenía y la noche para que él realizar su compromiso, no le suponía demasiado riesgo y se sentía orgulloso por poder ayudar a los que tanto la necesitaban.

***La necesidad le obligó a coger el único camino que tenía como salida, sin humillarse a los caciques y las autoridades locales afines. De nada sirven los tres años que pasó en la guerra, ni su lealtad demostrada durante la misma. Como un animal acosado por una jauría de perros enloquecidos, corre el hombre que intenta pasar la frontera, conoce bien el terreno y con un poco de suerte, evitará a los guardias que le persiguen, porque lleva un cargamento de mercancía de contrabando. Él no puede dejar que lo atrapen eso supondría que su familia no tenga para comer en los próximos días y con lo que saque en el mercado negro podrá comprar las medicina que necesita su hijo chico. ¿Qué delito es querer alimentar y cuidar de su familia? Durante muchos años había recorrido aquella sierra, la conocía como a la palma de su mano, conocía también a sus moradores de quien se podía confiar o no, por eso tenía que llegar hasta donde podía sentirse a salvo. Como un animal acosado por una jauría de perros enloquecidos, corre el hombre que intenta pasar la frontera, conoce bien el terreno y con un poco de suerte, evitará a los guardias que le persiguen, porque lleva un cargamento de mercancía de contrabando. No tiene amigos, solo en la sierra se siente protegido, sus puntos de contacto están en las ventas más alejadas y discretas, la noche es su aliada y la luna su compañera, por las sendas que atraviesan los barrancos y las riberas. Alguien le había denunciado y él puede tener una idea de quien pudo ser, pero no puede tomar represalia, porque sería como declarar o reconocer su actividad ante la “justicia”. No son tiempos fáciles y la guardia civil tiene vía libre para actuar como considere contra cualquiera que cometa algo que no esté dentro de la conducta impuesta por el régimen y ellos velan por los intereses de los ricos caciques y terratenientes, poderosos y gobernantes. Los pobres y los más menesterosos, eran detenidos, incluso sin pruebas, solo con la sospecha o la denuncia de alguien, era suficiente para dar con los

huesos en la cárcel. Por eso el contrabandista tiene que ser muy prudente y cambiar continuamente. Las personas que intervenían en la operación no se conocían entre sí, el origen de la carga ni el destino final de la misma, pues la mercancía viajaba por etapas y en cada una de ellas se iban cambiando, los arrieros y sus animales así como la ruta a seguir que nunca se repetía y se cambiaba en cada entrega.

***Su responsabilidad era muy grande de su bien hacer dependía la alimentación de muchas personas la mayoría menores de edad, enfermos y desvalidos. El orfanato estaba en terreno ocupado por el ejército enemigo, a las afuera del pueblo y el abandono de los internos era total, por lo que el suministro tenía que ser clandestino, que mandaban las autoridades destituidas y personas particulares, que ayudaban económicamente, porque sabían de la precaria situación en la que se encontraban. Se habían vistos obligados a contactar con él, por conocer la actividad de unos grupos que se dedicaban al estraperlo y que eran los mejores conocedores de la sierra, las rutas más seguras para el tránsito de mercancías y el manejo de los animales de carga. Él se había hecho hombre trabajando desde muy joven por aquellas cumbres, cuidando ganado, limpiando el monte de matorrales, haciendo carbón y cualquier actividad para ganarse la vida, conocía cada palmo de terreno, los caminos y veredas y los pasos para vadear los arroyos. Pero también conocía a todos los moradores de ella, pastores, ganaderos, cazadores, etc. por lo que todo aquél que tenía algún motivo para andar por esos terrenos tan agrestes, acudía a sus conocimientos para pedir su colaboración. Pero desde que comenzó la guerra y las autoridades tuvieron que huir, la zona estaba descontrolada, los militares tenían poca colaboración por parte sus habitantes y la guardia civil era insuficiente, por eso ellos tampoco ayudaban en las necesidades de los desvalidos. Aquella sierra con las grandes cumbres y escarpadas laderas, era el mejor aliado que tenía y la noche su compañera, para él realizar su compromiso, no le suponía demasiado riesgo y se sentía orgulloso por poder ayudar a los que tanto la necesitaban.

***Buscando el sustento. La noche empezaba a extender su manto, cuando se disponían a emprender el viaje, querían aprovechar la poca actividad en los caminos, para pasar desapercibidos y la curiosidad de los que se cruzaran con ellos. Las bestias de carga las tenían en una pequeña finca a las afuera del pueblo y solo se tenían que dirigir al lugar de carga habitual, que como siempre estaba preparada por los compañeros encargados de llevarla hasta allí, lo mismo deberían hacer ellos cuando llegaran al lugar previsto, para que otros siguieran con la ruta, hasta el destino final. Pero aquel día algo raro había en el ambiente que no era normal, les habían dicho que cambiaran de camino, porque creían que alguien les había denunciado y podían estar esperándoles para detenerlos. Dicen que la experiencia es un grado y eso fue lo que hizo dudar al jefe del grupo, para sospechar que algo no iba bien, así que una vez emprendida la marcha, hizo parar la caravana y la dividió en tres grupos. Mando uno por una antigua ruta, que atravesaba la sierra por un arroyo seco, otro grupo vadeando el río, hasta llegar al desvío del camino principal y él con el último de los grupos, siguió por la misma ruta que tenían marcada inicialmente. Era un hombre curtido en la sierra, conocía la comarca y sabía lo que hacía, el manejo en las reatas con bestias para este tipo de carga, no tenía secretos para él y llevaba el mejor guía que había tenido nunca, un burro grande y fuerte, que conocía el terreno tan bien como él, por haber nacido y crecido en esa sierra. Al cabo de una hora de viaje, subiendo una ladera divisó en el alto, que les estaban esperando escondidos, un grupo de guardias civiles, con las bestias cargadas no podían escapar y no sabían cuántos serían, dejaron subir a los animales solos (conocían el camino) y ellos se adentraron entre los matorrales bajaron por el arroyo, hasta escapar sin ser vistos. El burro guía, condujo al resto por un sendero de cabras, rodeando la loma hasta una zahúrda utilizada por los pastores como refugio y allí los cogieron los guardias civiles que se quedaron sorprendidos al ver que llegaron solos. Los hombres volvieron sobre sus pasos hasta el lugar de salida, cuando llegaron estaba amaneciendo y vieron que allí había habido mucho movimiento durante la noche y no quedaba nada ni nadie, por lo que no se atrevieron ir a sus casas, hasta saber lo que pasaba. Los otros dos grupos hicieron la

entrega sin problemas, pero les avisaron para que no volvieran a sus casas, hasta que pasara un tiempo prudente. La sierra era el mejor refugio y ellos conocían todas las ventas, donde dirigirse para informarse y reunirse con sus compañeros, porque pronto tendrían que volver a recorrer la sierra, alumbrados por la luna y ocultos entre adelfas juncos y retamas. Sus familias tenían que comer y vestirse, no había trabajo para salir de la ruina, de la que solo los poderosos eran quienes se enriquecían con al trabajo de los más pobres. Cuando la guardia civil requisaba algún cargamento nadie sabía que pasaba con la mercancía más que ellos, ni con los animales que la portaban si no cogían a los que los conducían, pero en algunas ocasiones salían a subasta en algún pueblo y con cautela se podía comprar algunos de los animales requisados a través de los «tratantes». Alumbrados por la luna y ocultos entre adelfas juncos y retamas, recorrían toda la sierra norte de Huelva y Sevilla, por caminos y sendas, ayudados por pastores conocedores de las zonas más seguras, para eludir la vigilancia de la guardia civil, pero a veces eran ellos mismos obligados a denunciarles con amenazas y humillaciones.

***Una tarde llegó un muchacho a la venta, tenía buena apariencia (18/20 años) pero con cara de cansado, llevaba con él como único equipaje, unas alforjas al hombro y una pequeña bolsa en la mano. En la entrada del local había un hombre viejo en una mesa junto al rincón de la chimenea, en el otro lado en el pequeño mostrador, estaba un hombre algo más joven que se lo quedó mirando y le espetó... –Buenas tardes, ¿que se le ofrece?

El recién llegado devolvió el saludo y le preguntó...¿tiene alojamiento? El ventero un poco escéptico ...Depende que quiera y si tiene dinero con qué pagarlo. El joven le dijo que solo quería pasar la noche y descansar. –Le pago por adelantado si no se fía, mañana quiero seguir mi camino si alguien me vende un animal que pueda montar. El ventero se quedó mirando al viejo que estaba junto a la chimenea y le llamó para que se acercara.

Mientras este se levantaba de mala gana de la silla, el joven insistió... –¿tiene o no tiene alojamiento? Llevo media jornada andando y estoy cansado necesito aseo y dormir un poco. El viejo se acercó a ellos y preguntó qué querían de él... El hombre

le puso al corriente de lo que el joven solicitaba, sin contestar a su pregunta, el viejo lo miró de arriba abajo y se presentó... —Soy el dueño de la venta mi nombre es Luis, este es mi hijo y se llama Juan, lo que nos solicita se lo podemos ofrecer, puede usted comer algo si lo desea y quedarse a descansar, previo pago por adelantado. Para lo del animal que quiere comprar se tendrá que esperar a mañana, que llegará el tratante de ganado y él le dirá lo que puede venderle, pues en esta época hay mucho trabajo por la zona y los arrieros no se quieren deshacer de sus animales. El joven dijo que se llamaba Carlos... sacó dinero de la cartera y pagó lo que le pidieron. Luis le dijo que se sentara con él en la mesa del rincón junto a la chimenea, mientras Juan le preparaba algo para comer. Detrás del pequeño mostrador había una cortina, que ocultaba la entrada a una estancia de donde Juan salió con un puchero, que colocó encima de la mesa donde estaban Luis y Carlos, puso dos platos y les invitó a que se sirvieran mientras traía el resto de las viandas. Mientras comían... Luis quiso saber más sobre Carlos y donde se dirigía. —¿Vienes desde muy lejos andando? ¿Cómo teniendo dinero haces el viaje solo y sin medios de transporte?... Luis al principio no quería dar muchas explicaciones y hacia vagas alusiones de su aventura, pero poco a poco con la confianza que Luis le fue demostrando, empezó a contarle el motivo de su precipitado viaje. —Soy de un pueblo a unos 40 kilómetros de aquí, salí hace dos días precipitadamente a caballo y ayer mientras descansaba junto al pozo de un olivar el caballo se espantó y salió corriendo al galope, sin poderlo alcanzar y seguramente se haya vuelto al pueblo solo, así que esta venta es lo primero que he encontrado. Luis no quiso seguir insistiendo y siguieron comiendo en silencio, al terminar la cena le indicó donde podía asearse y descansar, Carlos se despidió y se marchó. A la mañana siguiente le avisaron que había llegado el tratante y su sorpresa fue cuando vio su caballo atado en la reja de la ventana, al preguntar quién lo había traído, (un hombre alto, vestido con traje corto, sombrero de ala ancha y botas de montar) se presentó ante él como el “Tratante”, le dijo que lo había encontrado en una finca próxima, a orillas del camino cuando se dirigía hacia la venta esa mañana. Al verlo con las riendas sueltas y la silla de montar pensó que el jinete podría haberse caído o

haber tenido algún percance, por lo que decidió llevarle hasta la venta. Carlos le explicó lo que había ocurrido mientras descansaba en el olivar y como había llegado hasta allí. —¡Bueno lo que bien acaba hay que celebrar! dijo Luis, (que había estado escuchando muy atento la conversación de los dos hombres) así que siéntense y les preparamos un buen desayuno. Tomaron asiento en la misma mesa que estaba junto a la chimenea y mientras lo hacían, Luis entro a la estancia contigua por detrás del mostrador y al poco rato una muchacha joven salió con una fuente con diversos embutidos y una hogaza de pan. La chica era María nieta de Luis e hija de Juan que estaba atendiendo a unos clientes en el mostrador, esta les comentó que su abuelo le había dicho que fueran comiendo mientras él les preparaba algo de cocina, les llevó una jarra de vino y volvió a entrar en la trastienda. Los dos hombres mientras comían conversaban y observaban a dos hombres que entraron hacía un momento y se acercaron al mostrador, donde Juan les sirvió un vaso de vino a cada uno y se quedó hablando muy bajito con ellos. En un momento uno de ellos se volvió para mirar hacía la mesa donde estaban el tratante y Carlos, fue cuando éste se dio cuenta que le conocía, su semblante cambió de expresión instantáneamente, era uno del grupo que unos días antes le hizo salir huyendo de su pueblo cuando quisieron lincharlo. Allí eran las fiestas del pueblo y habían llegado mucha gente de fuera, él entro en una caseta de la feria y vio a una chica que parecía estar acosada por varios hombres, sin pensar ni preguntar quiso intervenir para evitarlo. Pero cuál fue su sorpresa cuando la chica se encaró con él y ellos empezaron a insultarle y decir que no se metiera donde no le habían llamado, él se dio la vuelta para marcharse y alguien le dio un empujón por detrás, se volvió y le lanzó un puñetazo al que tenía más cerca, pensando que había sido él. Ese fue el detonante para el inicio de la pelea, que acabó cuando después de darle en la cabeza a uno de los adversarios con una botella, tuvo que salir precipitadamente de allí, porque los compañeros sacaron las navajas de los bolsillos. Le siguieron por toda la feria sin darle alcance y cuando creyó que los había despistado fue a buscar su caballo y emprendió la huida del pueblo, pero le siguieron hasta que se metió en el olivar donde pudo esquivar la persecución,

cuando se sintió seguro se bajó del caballo para descansar y fue cuando se le escapó. Mientras Carlos le contaba todo al tratante, uno de los hombres del mostrador que hablaban con Juan, de vez en cuando miraba hacía ellos y eso a Carlos le iba poniendo muy nervioso, aunque el tratante le tranquilizaba cogiéndole del brazo, diciendo... –No te preocupes que todo está bien, ellos han venido conmigo porque nos hemos encontrado en el camino, al verme con tu caballo me preguntaron si te conocía y como les dije que no me han acompañado hasta aquí y en el camino me explicaron lo sucedido en el pueblo contigo. –Pero ya está aclarado todo porque veo que todo fue un error sin malas intenciones y el chico que recibió el botellazo es mi hijo y la chica su novia, estaban discutiendo por culpa de esos dos, porque querían que se fuera con ellos a otra caseta. –Al caer al suelo sangrando por la cabeza pensaron que lo habías matado por eso te siguieron, menos mal que no te alcanzaron, pues de haberlo hecho ahora no estaríamos hablando y tú posiblemente en una caja de madera. –Ya les he dicho que mi hijo no tiene más que un chichón y varios puntos en la cabeza y la novia le hace rabiarse diciéndole que tú si eres un galán con las mujeres...que las defiendes de pueblerinos como él. Carlos no sabía que decir, pero lo que no quería era volver con ellos al pueblo, así se lo dijo al tratante y este se levantó para decirles a los dos que se podían marchar para el pueblo y que él lo haría después. Una vez que se marcharon volvió a la mesa, en el momento que la chica de la posada salía con una cazuela de conejo al ajillo y otra jarra de vino, detrás de ella salió Luis que arrimó una silla para sentarse con ellos. Una vez dieron cuenta del conejo y tomaban una copa de aguardiente, Luis se dirigió a Carlos para preguntar... –Ahora que está todo aclarado ¿Qué vas hacer si no vuelve al pueblo? El tratante también estaba interesado en la respuesta y así lo expresó. Carlos dudó unos segundos antes de contestar... –Bueno pues no tengo pensado nada pero deberé buscar empleo por aquí o en algún cortijo de los alrededores. Los dos hombres se miraron entre sí y Luis le dijo... ¿trabajarías de ayudante para José? (el tratante) dirigiendo la mirada hacía él. Carlos no sabía por qué Luis le ofrecía el trabajo y José permanecía callado y así lo expresó, teniendo la respuesta de inmediato. José tomó la palabra y le dijo... –Luis y yo somos

socios en el negocio, él contacta aquí con los interesados en la comprar/venta y yo busco lo que nos piden, hasta ahora Juan me ayudaba en esto pero ahora debe atender la venta, pues su mujer murió hace unos meses y (la chica) no puede hacerlo sola. –Luis ya no está para atender la venta, la huerta, el ganado y los clientes, a la vez del negocio que nos ocupa. Carlos les preguntó que sería su cometido y como lo realizaría. Ahora fue Luis quien habló... –Tu estarías aquí conmigo e irías a recoger y traer, lo que previamente José y yo tengamos tratado con nuestros clientes o proveedores, que pueden ser algunas cabezas de ganado, o cualquier mercancía que haga falta echar mano de arrieros para su transporte. En ese momento, al aceptar el ofrecimiento que le hicieron en esa venta cambió la vida de Carlos. Conoció todo tipo de personajes, aventureros, truhanes, contrabandistas, etc. algunos perseguidos por la justicia, también a comerciantes y ganaderos honrados, pero él siempre a las órdenes del “ventero y el tratante” como les conocían por la zona. Hizo una amistad muy especial con la hija de Juan, aunque no amorosa, eran casi de la misma edad y él siempre le llevaba al regreso de los viajes revistas y encargos que le hacía, ella le arreglaba su ropa y la habitación que ocupaba en la trastienda de la venta. Carlos paraba poco tiempo en la venta, todos los días salía muy temprano y a veces estaba varios días fuera, sus “jefes” estaban cada vez más contentos con su trabajo y confiaban más él. Eso le llevó a entrar en contacto con grupos de arrieros y contrabandistas, que hacían viajes a Portugal con reatas de burros y mulos transportando mercancías, por eso necesitaban de sus servicios con relativa frecuencia para cambiar o adquirir animales.